

IGLESIA DE COMUNIÓN, IGLESIA EN MISIÓN: LA UNIDAD EN LA DIVERSIDAD

1. UNA SOLA IGLESIA: IGUALDAD DE LOS CRISTIANOS

Todos los los fieles cristianos de cualquier estado y condición están llamados a la plenitud de la vida cristiana, es decir, a la santidad, a la perfección en la caridad y a la Misión en sus tres vertientes: profética (evangelización), sacerdotal (santificación por medio de los sacramentos) y real (construcción y extensión del Reino). En consecuencia, los laicos (los que no son clérigos, ni religiosos) no sólo pertenecen a la Iglesia, sino que son Iglesia. Todos los que han recibido los tres sacramentos de iniciación cristiana participan de la comunión de su vida, de su misión profética, de su sacerdocio y de los bienes de su reino. El Bautismo incorpora a Cristo y hace hijos adoptivos de Dios en su Hijo. La Confirmación da el don del Espíritu Santo para ser sus testigos con palabras y obras. La Eucaristía nos une a su Cuerpo, mediante la Alianza Nueva y Eterna sellada con su Sangre. En efecto, el Espíritu nos revela y comunica la vocación fundamental que el Padre dirige a todos desde la eternidad: la vocación a ser «santos e inmaculados en su presencia, en el amor», corresponsables de la única misión que Él ha confiado a su Iglesia.

Pero dentro de esta **Vocación común, dignidad e igualdad fundamental de todos los fieles cristianos**, existen otras **vocaciones específicas**. Viviendo la santidad como consecuencia de la experiencia del amor de Dios y de la participación en la vida divina, **el fiel cristiano –clérigo, religioso o laico– participa en la edificación de la Iglesia, cada uno conforme a su propio estado**. Todo cristiano es una «piedra viva», cimentada en la «piedra angular» que es Cristo y destinado a la construcción de un «edificio espiritual» (*1Pe 2,5ss*). Pero no todas las piedras desempeñan la misma función en el sostenimiento del edificio. Existe un entramado orgánico.

2. UNA IGLESIA DIVERSA: COMUNIÓN ORGÁNICA

Desde esta perspectiva, **la Iglesia se configura como una «comunión orgánica», caracterizada por la diversidad y complementariedad de las vocaciones y formas de vida, los ministerios, carismas y responsabilidades, gracias a los cuales cada uno de los fieles cumple una misión en relación con todo el Cuerpo.**

La Iglesia no es una comunidad homogénea e indiferenciada, en la cual todos tengan la misma responsabilidad, sino que así como en el cuerpo humano todos los miembros –aunque numerosos y con funciones distintas– forman un solo cuerpo, así también los fieles en Cristo reciben del Espíritu diversos dones para la utilidad del cuerpo (*1Co 12,1-12*). **La Unidad no significa uniformidad** (una sola forma), sino que **se realiza más plenamente en la pluralidad. Las diferencias no nos separan, nos unen y nos complementan. La diversidad, pues, no daña la unidad, sino que la enriquece**. Se funda en los ministerios y carismas, que son dones con que el Espíritu Santo guía a la Iglesia, distribuyéndolos generosamente entre todos los bautizados. En este sentido, el Clero que ha recibido el sacramento del Orden, los religiosos y religiosas, y los laicos sirven a la Iglesia y su misión, de deferentes maneras que se complementan y ayudan mutuamente en la causa común. Los clérigos no son miembros de primera categoría en la Iglesia, ni los laicos son subalternos, sino que todos forman parte, con la misma dignidad, de la única Iglesia, Sierva de Cristo y de la humanidad. A imagen de su Fundador y Maestro, en el seno de la Iglesia-Sierva, aquellos que son llamados por el Señor al servicio de cuidar de los demás en la caridad, presidiendo, gobernando y custodiando el depósito de la Fe, así como quienes son dotados por el Espíritu con carismas particulares, y en general todos sus miembros,

desempeñan cada uno la misión que le corresponde, concibiéndola como un servicio para el bien común.

Existen tres estados de vida dentro de la Iglesia, con una misma dignidad:

CLERO O MINISTERIOS ORDENADOS

Los ministros ordenados (obispos, presbíteros y diáconos) reciben así la autoridad y el poder sacro para servir a la Iglesia "*in persona Christi capitis*" (personificando a Cristo Cabeza), y para congregarla en el Espíritu Santo por medio del Evangelio y de los Sacramentos. Los ministerios ordenados –antes que para las personas que los reciben– son una gracia para la Iglesia entera. Están llamados a servir a la comunión, a discernir, guiar y estimular la participación de todo el Pueblo de Dios en la vida eclesial. Rol fundamental corresponde al Papa (sucesor de San Pedro), como principio de comunión de las Iglesias y fundamento de la unidad de los obispos (sucesores de los apóstoles) y de la Iglesia universal. Así como el Cuerpo de Iglesias reclama una Cabeza de las Iglesias, el Cuerpo o Colegio de los Obispos reclama también una Cabeza. La Iglesia que peregrina en Roma preside en la caridad y el Obispo de Roma, es principio y fundamento perpetuo y visible de la **unidad del Episcopado y de la entera Iglesia**.

VIDA RELIGIOSA CONSAGRADA

Las congregaciones religiosas de vida consagrada, activa o contemplativa, sirven a la edificación de la Iglesia y a la salvación del mundo mediante el testimonio de la vida comunitaria, como signos aquí en la tierra de la comunión en el amor que esperamos alcanzar plenamente en el Cielo (Reino eterno de la Vida futura). Dedicán su vida de una forma estable, bajo la acción del Espíritu Santo, profesando los consejos evangélicos de castidad pobreza y obediencia. De esa manera se dedican plenamente a Dios, como “su Amor supremo”, y a las personas desde un carisma concreto y particular (oración, enseñanza, formación de catequistas, actividades parroquiales, enfermos en casa u hospitales, caridad con los pobres, atención a marginados o necesitados de cualquier tipo, migraciones, servicio a los seminarios y al clero, misiones en lugares donde aún no ha llegado el evangelio plenamente, estudios bíblicos o teológicos...).

LAICOS O SEGLARES

Los laicos, que son la mayoría de los cristianos, que no son clero, ni pertenecen a congregaciones de vida consagrada, sirven a la edificación de la Iglesia y a la construcción del Reino de Dios, con su trabajo y con su vida familiar y social, y testimoniando los valores del Evangelio, entre sus conciudadanos con el ejemplo de sus buenas obras y dando razón de su esperanza y de su fe con sencillez, respeto y valentía. A veces, deben ir contracorriente a las ideas, criterios y comportamientos, mundanos y opuestos al Evangelio, de una sociedad plural y descristianizada. En este sentido, la misión de los laicos, revalorizada en la eclesiología de comunión, desempeña una función muy importante, pues son ellos quienes, en primer lugar, «están llamados a actuar en las realidades temporales y en el campo de sus capacidades para la construcción de una sociedad impregnada de los valores evangélicos». Corresponde a ellos llevar el mensaje del Evangelio a todos los ambientes de la sociedad, incluso el político. Se hace cada vez más necesario que los laicos brillen en la vida pública como una luz en medio del mundo y sean cristianos con fe adulta y probada, pues la Iglesia sabe que, en su peregrinar terreno, ha sufrido y continuará sufriendo oposiciones y persecuciones. Es en estas ocasiones cuando está llamada a brindar el más sublime y gratuito servicio que pueda dar a la humanidad: vencer el mal con el bien, testimoniando así la verdad crucial del Evangelio, realizada en Jesucristo: *el amor al enemigo* (Mt 5,44; Lc 29,34). El mejor testimonio que los cristianos pueden dar en medio de un mundo violento y de una cultura de la muerte es promocionar la VIDA y construir la PAZ, derrotando al mal, no con la fuerza física o el poder político, sino con el bien, con la fuerza del perdón, asumiendo las consecuencias de los pecados ajenos, como Jesús en la Cruz, cargando con el mal de los demás. Esta es la misión del Siervo de Dios anunciada por Isaías, cumplida en Jesucristo y que se prolonga en la Iglesia; «eran nuestras dolencias las que él

llevaba [...] con sus cardenales hemos sido curados [...] fue oprimido, y él se humilló y no abrió la boca, como un cordero al degüello era llevado [...] indefenso se entregó a la muerte» (*Is* 53,4-12).

A esta misión se refiere Jesucristo cuando dice a sus discípulos que ellos son **la sal de la tierra, la luz del mundo, la levadura que fermenta la masa** (*Mt* 6,13-16). Las tres figuras usadas por Cristo (sal, luz y levadura) realizan su servicio deshaciéndose, consumiéndose, desapareciendo; es decir, a costa de su propia vida. “Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto” (*Jn* 12,24). Sobre esta misión, de dar la propia vida San Pablo dirá: «completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, en favor de su Cuerpo que es la Iglesia» (*Col* 1,24); y el martirio de Esteban será la primera muestra: «Señor, no les tengas en cuenta este pecado» (*Hch* 7,60). De manera especial, **los padres de familia colaboran en la edificación de la Iglesia, desde el sacramento del Matrimonio, abriéndose a la vida con generosidad y transmitiendo la fe a sus hijos de manera responsable y entregada, siendo un signo convincente e interrogante de los valores evangélicos ante sus vecinos y amigos.**

En estos tres estados de vida cristiana, el Espíritu Santo suscita y también enriquece a la Iglesia a través de los carismas, que son gracias especiales y particulares destinadas a la edificación de la Iglesia, al bien de los hombres y a las necesidades del mundo. Los carismas, pues, son un **don de Dios** a su Iglesia y, en tal sentido, han de ser acogidos con gratitud y deben ser siempre **sometidos al discernimiento de los Pastores** para que no coexistan en desorden, ni se desempeñan por cuenta propia. La autenticidad del carisma depende de la «comunidad jerárquica».